

(c)

Yoko Tawada

EL BAÑO
(Traducción de Miriam Palma Ceballos¹)

1

El cuerpo humano se compone de un ochenta por ciento de agua. Por eso apenas es sorprendente que cada mañana se muestre una cara distinta en el espejo. La piel de la frente y de las mejillas cambia a cada momento, como el fango de los pantanos, según el movimiento del agua que fluye por debajo y el movimiento de las personas que dejan sus huellas sobre él.

Junto al espejo había colgado un retrato mío enmarcado. Siempre comenzaba el día comparando la imagen reflejada con la de la fotografía para descubrir las diferencias que después corregía con el maquillaje.

Comparada con el fresco semblante de la foto la cara del espejo tenía un aspecto exangüe, como la de una muerta. Es por eso

¹ Esta traducción ha sido realizada a partir de la traducción alemana del original en japonés, elaborada por Peter Pörtner.

quizá por lo que el marco del espejo me recordaba a la forma de un sarcófago. A la luz de una vela descubrí escamas que cubrían mi piel, más diminutas que las alas de pequeños escarabajos. Pude desprenderme de ellas introduciendo cuidadosamente por debajo la larga uña de mi pulgar. Olían como la caballa. Cuando conseguí eliminarlas, escama por escama, desabotoné el pijama y vi que no sólo me habían crecido escamas en la cara, sino también en el pecho y en los brazos. Era imposible arrancarlas todas con los dedos. Decidí ablandarlas primero en un baño y rasparlas después.

Había una vez un pueblo en un valle en el que no crecía el arroz. Una mujer embarazada había encontrado un pescado y como estaba hambrienta se lo comió crudo y sin pensar en compartirlo con los demás del pueblo. Parió un hermoso hijo. Pero después su cuerpo se cubrió de escamas y se convirtió en un enorme pez. A partir de entonces, como ya no podía vivir en la tierra, llevó una vida solitaria en el río. Su hijo fue criado en el pueblo por un anciano. En todo tiempo y lugar los muchachos se han burlado de las madres de los otros cuando se pelean. Discuten sin entender lo que dicen: “¡Tu madre es una puta!” – “¡Tu madre no tiene ombligo!” – Aquel muchacho tenía que oír una y otra vez las mismas palabras: “¡Tu madre es un animal escamoso!” – Un día, ya extrañado, fue a preguntarle al anciano: “¿Qué es un animal escamoso y dónde está realmente mi madre?” – Desde el día en el que descubrió el secreto de su procedencia, el muchacho se dedicó sólo a la cuestión de convertir a su madre de nuevo en un ser humano. Se le ocurrió despedazar las rocas y hacer sitio para

campos de arroz. El chico visitó a su madre en el río y se lo contó. Ella se alegró y prometió ayudarlo. El muchacho ideó un plan y determinó el lugar en el que las rocas debían ser trituradas. La madre golpeaba una y otra vez su gran cuerpo escamoso contra las rocas que se desmoronaban poco a poco. Día y noche no cesaba de estrellar su cuerpo contra ellas. Las escamas que se desprendían revoloteaban en el cielo como sangrientos pétalos de la flor del cerezo. Esta es la razón por la que este lugar recibió el nombre de “Villa de la flor del cerezo” pese a que allí jamás hubo ninguno. Finalmente estuvieron listos los campos de arroz y los hombres ya no tuvieron que pasar hambre. Sin embargo la madre que había perdido todas las escamas y poseía de nuevo una piel desnuda se desangró y murió.

Me quité el pijama. Sonó el teléfono. Descolgué, desnuda como estaba, y no dije nada.

“¿Eres tú?”

preguntó la voz de un hombre que yo no había oído jamás.

Reflexioné por un momento y contesté:

“No.”

“¿Si no eres tú, entonces quién eres?”

Sin decir palabra colgué el auricular.

Era mi primera conversación de hoy.

Adelantando la punta del dedo gordo del pie derecho me metí lentamente en el agua caliente. Con los ojos cerrados y la respiración contenida sumergí mi cuerpo hasta la cabeza en la bañera. Abrí los ojos. El agua temblaba como fuego transparente. Pensé: una sepultura en el agua está bien, una sepultura en la tierra está bien, pero una sepultura en el fuego no me gusta. Salí

del baño. Las escamas se habían ablandado completamente: las raspé con una piedra pómez. Se desprendían de un modo sorprendentemente fácil. Arremeter el cuerpo contra las rocas, eso no era para mí. Menos mal que yo no tenía hijos. Volví a mirarme en el espejo. Las escamas habían desaparecido, en su lugar se habían formado muchas ampollas en la nariz, más pequeñas que cabezas de hormigas. Las reventé con la punta de las uñas, salió una cosa blanca. Olía como a mayonesa rancia. Una vez que se ha empezado con ello es imposible acabar... Afuera los pájaros habían empezado a cantar y a revolotear. Si no me doy prisa llegaré tarde al trabajo. Reventé la última de las ampollas. El resultado no fue una piel lisa, sino un solitario paisaje desértico repleto de globos flácidos. En el espejo el cielo detrás de mí se aclaraba cada vez más. El teléfono volvió a sonar. Descolgué y permanecí callada. Una voz que me era conocida dijo:

“Hola, soy yo.”

Pregunté aunque sabía quién era:

“¿Quién está ahí?”

“¡Soy yo!”

volvió a decir la voz de hombre y continuó:

“¿Habrás alguien en casa esta noche?”

“Sí, pero no antes de las doce.”

¿Por qué sabía yo que no iba a llegar a casa hasta muy tarde?

Lavé mi cara con arena blanca.

Sólo así podía volver a alisar mi piel que se había convertido en un desierto. Se dice que esta arena proviene de los huesos de un dinosaurio, de huesos que han sido lavados durante mucho tiempo por las olas del mar. La repartí entre las

palmas de mis manos y la extendí sobre mi cara: iniciaron una conversación con mis huesos a través de la carne. Yo podía sentir en mis manos la forma exacta de mi cráneo. Aparte de la piel convertida en luz y la carne convertida en agua existe, además, un cuerpo. Pero nadie podrá abrazar este cuerpo mientras yo viva. A veces logro ver el cráneo de otros. En esos momentos me enamoro. Extendí leche hidratante sobre la piel seca. La imagen del espejo se parecía por fin en cierta medida a la de la foto. Por otra parte la loción no es un producto farmacéutico, sino que está elaborada con genuina leche materna. Es por eso por lo que no sólo deja la piel lisa, sino que tiene además un efecto calmante y tonificante. Después de maquillarme me peiné. Cepillé a conciencia las esporas de las setas venenosas y los caparazones de los escarabajos alados transportados en sueños por el viento. De niña me peinaba lo menos posible. Porque siempre tenía la sensación de que se me vaciaba la cabeza. En realidad no pensamos con la cabeza sino con los pelos. *¡Después de peinarse hacerse una coleta alta!* decía siempre el maestro en la escuela, porque tenía miedo de los pelos de los niños. Se dice que en los cabellos se esconde una misteriosa fuerza. Antes uno se cortaba un mechón para obsequiárselo como talismán a alguien cuando viajaba. Se creía que uno se curaba de las enfermedades cuando tocaba pelo de extraños. En un pueblo había una vez una mujer muy glotona. Como le gustaba trabajar y tenía un buen corazón era querida por todos. Todos los días se comía tantas escudillas de arroz

que dejaba atónitos a los hombres. Pero no dejaba que nadie la viera mientras tanto. Se sentaba sola muy entrada la noche en el granero y comía. Pero una noche un hombre la espío a escondidas y vio que los cabellos de la mujer eran serpientes que comían arroz. El hombre perdió el juicio, buscó una escopeta y disparó a la mujer. Los cabellos, se dice, son una parte muerta de la piel que se ha vuelto dura. Una parte de mi cuerpo ya se ha muerto.

2

La foto colgada en la pared al lado del espejo la había tomado Xander hacía algunos años. Un día se presentó delante de mí con tres cámaras Leica en un bolso colgado del hombro. Ese fue el primer encuentro entre el fotógrafo y su modelo. Dijo que prefería fotografiar a políticos, pero que como no podía vivir sólo de eso, buscaba hoy por encargo de una agencia de viajes motivos para un cartel publicitario. Me dio una tarjeta de visita hecha por él mismo. "Xander". Yo no sabía cómo se pronunciaba la X: como el nombre comenzaba con ella no pude decir nada. Xander ya se había agachado junto a su bolsa y había empezado a sacar una cámara y otros utensilios. Mi mirada se quedó clavada en la letra X. Hasta el día en el que supe que ese nombre era una abreviatura de Alexander me torturaba aquella pregunta que se encuentra en los libros de texto de matemáticas: ¿qué valor tiene la X? – "Durchein"? Entonces significa "confusión". "Mitein"? Entonces

significa “juntos”². Yo sin embargo no podía liberarme del presentimiento de que además de esa palabra debía de haber otras todavía más terribles. Cuando el ojo de la cámara me miró directamente, me aparté avergonzada, como si alguien me hubiera sorprendido contemplándome en un espejo. Después de que se apagara la luz del flash sólo podía ver el agujero negro del objetivo. “No hace falta que se asuste. Una cámara no es un arma.”

Yo intenté mirar a la cámara indiferente, como si fuera un agujero en la pared.

Xander dijo:

“¡Mire Ud. a la cámara!”

El objetivo intentó capturarme; mis ojos se convirtieron en peces luminosos e intentaron huir hacia el aire.

“Quisiera utilizar la foto para un cartel. ¿No podría Ud. mirar de un modo más japonés?”

Otra vez se disparó el flash. La cámara cortó el tiempo en finas rodajas como corta la carne un cuchillo de cocina. Estas rodajas se pueden coger con la mano. Una por una se las puede mirar y comer. Por placer o como coartada. ¿Pero por qué necesitaba yo una coartada? Entonces no podía adivinar que me vería envuelta en un caso por asesinato. Xander dijo: “Tiene que mantener la mirada fija en la cámara.”



Yo y la venerable Leica frente a mí que quería penetrar en mis ojos. En el caso de que quisiera desentrañar los misterios de mi alma como un psiquiatra podía quedarme tranquila, porque yo

² En alemán existen “Durchsein” y “Mitein” como prefijos que añadidos a la raíz “-ander” forman las palabras “Durcheinander” y “Miteinander” respectivamente. Dado que se trata de una referencia explícita imposible de traducir y un juego con el nombre del personaje masculino que perdería el sentido al traducirse al español, he optado por dejarlo en alemán. [N. de la T.]

no tenía secretos. Pero lo que realmente quería esa cámara era capturar mi piel. Xander ordenó:

“¡Relájese!”

La cámara determinó la posición del objetivo y la distancia. Xander dijo en un tono enérgico:

“¡Sonría!”

Intenté tensar los músculos de mi cara hasta simular una sonrisa, pero no lo logré. Cuando se está enamorado se desfigura la cara y ya no se puede sonreír de modo natural. ¿Tendría que ver con eso?

“¿Por qué hace Ud. tantas tomas?”

“Porque entonces es mayor la oportunidad de que salga una buena.”

“¡Con una cámara tan excelente como la suya debería de bastar con una sola!”

“Por favor, no hable.

Hecha a perder las tomas.”

Como si estuviera en el dentista. La cámara intentaba reconstituirme; intentaba que mi cuerpo se sustrajese a la muerte estampándolo en un papel. Se encendió la luz del flash. Xander dijo:

“Ya está. Tendría que ser suficiente.”

Su cara apareció justamente en el lugar en el que acababa de estar la cámara. Se parecía mucho a la mía.

Un par de días más tarde llegó Xander a mi casa con su cámara. Dijo:

“Ud. no sale. En las fotos.”

“¿Y eso? ¿Estaba rota la cámara?”

“La cámara está bien.”

“El fondo sale perfecto. Pero Ud. no aparece.”

Ninguno de los dos dijo nada durante un rato.

“Seguro que tiene que ver con que no se siente lo suficientemente japonesa.” Yo le miré horrorizada

y le pregunté:

“¿Cree Ud. de verdad que la piel tiene un color?”

Xander se rió.

“Vaya una pregunta.

¿O acaso cree

que el color procede de su piel?”

“La carne tampoco tiene color. El color surge del juego de la luz en la superficie de la piel. En nosotros no hay color.”

“Pero en vuestra piel la luz juega de otra forma que en la nuestra.”

“La luz juega en cada piel de manera diferente; en cada persona, cada mes y cada día.”

“Pero en cambio todos tenemos una voz propia dentro. Dentro de nosotros...”

“Dentro de nosotros no hay ninguna voz. Sólo es el aire que vibra fuera de nuestro cuerpo.”

Xander reflexionó durante un rato con la cabeza gacha, después volvió a levantarla y preguntó:

“¿Me permite maquillarla?”

Comenzó a extender una crema blanca sobre mi cara, tan espesa que obstruyó mis poros y la piel no podía seguir respirando. Con un pincel fino dibujó los bordes de mis párpados; cuidadosamente, como un arqueólogo que retira la tierra de una pieza de arcilla excavada.

Después, en el lugar en el que está mi boca, aplicó un color rojo que no se diferenciaba en nada del color de mis labios.

“Y ahora le tiño el cabello de negro.”

“¿Por qué quiere teñirme el cabello de negro?”

“Porque con el flash los cabellos sin teñir se parecen a los de una anciana.”

“Entonces fotografíe sin luz”

“Pero sin luz no puedo hacerlo.”

Después de que Xander me tiñera el pelo, escribió una X en mi mejilla.

“Cuando era un niño marcaba con una X todo aquello que era importante para mí. Para que me perteneciera.”

Después Xander besó este signo, me puso contra una pared y accionó el disparador tan despreocupadamente como si se tratase del gatillo de una pistola. Puso punto final al juego de luces y la figura de una japonesa quedó grabada en papel.

3

En realidad yo no era modelo de fotografía. Era una traductora sin mucha práctica y a menudo tenía que esperar mucho tiempo para trabajar. Cada día, tras finalizar mi aseo, me iba a la oficina y esperaba a ver si entraban encargos. A veces habiendo esperado en vano una llamada durante todo el día, volvía a mi casa por la noche sin haber hecho nada. Sin embargo, cuando recibía algún encargo me bebía un trago de güisqui y me iba al trabajo.

Ese día recibí uno.

Una empresa japonesa había convidado a sus colegas alemanes a una comida en la que yo debía de estar presente. Esta empresa exportaba máquinas mediante las cuales se procesaba el pescado junto con sus espinas para elaborar conservas. Me habían telefoneado por la mañana para que reemplazara a la intérprete que se había puesto enferma.

Desde la ventana del restaurante de un gran hotel

se avistaba un lago cercano. Cinco representantes de cada empresa se sentaban en una larga mesa unos enfrente de otros como niños jugando a la guerra. Yo estaba sentada al lado del presidente de la empresa japonesa. Era un poco jorobado y tenía la costumbre de sacudir enérgicamente la cabeza. En la otra parte estaban sentados los alemanes. Dos mujeres y tres hombres. Una de las mujeres llevaba una blusa que dejaba los hombros al descubierto; la otra había cruzado las piernas y llevaba puesta una falda muy estrecha. Ambas se sentaban con la barbilla echada hacia adelante. Cuando tenían que parpadear lo hacían despacio y con calma. En el contorno de sus bocas se formaban arrugas cuando inclinaban la cabeza y en su cara se dibujaba una expresión como si estuvieran hartas de su trabajo: pero desaparecía enseguida cuando adelantaban el mentón un poco más. En la parte japonesa se sentaban hombres trajeados de mediana edad; uno de ellos, de rostro alargado, expresaba su profunda perplejidad con palabras reposadas:

“¡Que las mujeres aquí se pongan tan sexys para trabajar...!”

Habiéndose roto de ese modo el silencio las miradas se dirigieron hacia mí llenas de curiosidad.

Uno me preguntó impaciente:

“¿Qué es lo que ha dicho?”

Yo traduje algo que nadie había dicho:

“Dice que la porcelana es maravillosa.”

Siempre que mi trabajo me lleva a un restaurante de primera clase pido lenguado. El lenguado no tiene un sabor tan soso como la platusa, pero

tampoco es tan grasiento como la carpa. No hay plato europeo que me sepa mejor. Pero que me mantenga fiel al lenguado no solamente tiene que ver con su sabor. Radica en la "lengua" del lenguado. Cuando lo como tengo la sensación que hay otra lengua que habla por mí, si ando un poco parca en palabras.

Como ese día se había pedido un gran pescado para todos tuve que prescindir del lenguado. Después de que el camarero hubiera servido el aperitivo comenzó el saludo del presidente. *Es un gran honor para mí darles hoy la bienvenida.* Yo comencé a traducir de modo mecánico con la cabeza agachada. Cuando al final de la frase volví a levantarla, me topé con la inquisitiva mirada de un japonés desde una moldura dorada. Una intérprete es como una prostituta que se vende a los soldados de la ocupación; los hombres compatriotas la odian. Al parecer creen que las palabras alemanas que vierten en mis oídos son una especie de esperma. *El proverbio dice que no hay encuentros casuales. Sin embargo depende de nosotros sacar provecho de nuestro encuentro.* El alemán de la parte derecha miraba fijamente al presidente e intentaba simular interés hacia el discurso, pero se evidenciaba su aburrimiento al agitarse inquieto en su silla continuamente. *Yo deseo de todo corazón éxito en colaboraciones futuras.* Se hizo un brindis; el alemán del fondo a la izquierda, algo más joven que los demás, elevó su codo y vació su vaso lentamente, como un actor delante del espejo. El japonés de la cara alargada chasqueó la lengua:

"¡Estupendo licor!"

La mujer de la falda estrecha frunció las cejas y

miró hacia otro lado.

El hombre de las gafas doradas susurró:

“Aquí no se hacen esos ruidos comiendo.”

“Ah bueno...”

“A las mujeres no les gusta.”

El presidente de la empresa alemana me instó con su mirada a traducir.

–“¿Qué licor es éste?”–

Yo volví a traducir algo que no había dicho nadie.

El alemán se quedó satisfecho y respondió a la pregunta.

Yo traduje. El presidente de la empresa japonesa dijo despreciativamente:

“Eso se vende también en Tokio.”

Entonces me preguntó a mí jovial y paternalmente:

“Y Ud. ¿vive sola? – ¡Si no regresa pronto a Japón y se casa sus padres se van a preocupar mucho!”

El chef de cocina y su ayudante llegaron portando un gran pescado, como si quisieran transportar una camilla con un herido a una ambulancia. El vientre hinchado del pez se parecía al muslo de una mujer.

A lo mejor era por eso por lo que de todas partes provenía una risita reprimida cuando el pescado fue colocado en el centro de la mesa. La espalda del pescado era verde claro y estaba cubierta de escamas medio transparentes. El cocinero deslizó con destreza un cuchillo desde la aleta hasta la cabeza desprendiendo así las escamas.

Aplausos. Los ojos ya habían sido arrancados con anterioridad. En la boca abierta faltaba la lengua.

El cocinero, ágil, repartió la carne de pescado en los platos; al final quedó sólo la cabeza sin ojos y la espina dorsal. *¡Brindemos por el futuro! Se*

entrechocaron las copas por encima del esqueleto del pescado. Brindis por el futuro. ¡Salud!

Durante un rato todos se olvidaron de hablar y comieron pescado. Sólo se escuchaban sus resuellos y el sonido del metal chocando contra la porcelana.

Ahora que todos comían yo podía respirar.

Ciertamente yo no estoy hecha para hacer de intérprete. Odio hablar más que cualquier otra cosa. Especialmente en mi idioma materno.

Hasta ingresar en la escuela primaria sólo había hablado de mí misma con mi nombre propio. Esto no es algo inusual en Japón. Los maestros decían en la escuela a las niñas y a los niños que uno mismo se denomina *yo*. Al principio todos se avergonzaban y seguían utilizando su nombre en lugar de *yo*; pero poco a poco comenzaban a decir *yo*, al menos en las clases. Sólo yo no podía. Yo no quería que nadie se diera cuenta y por eso dejé de hablar con los otros. Sólo hablaba con mi madre. Me seguía refiriendo a mí misma del modo en el que mi madre me llamaba. Y mi madre consentía. Después fui a la escuela superior. Pero en las situaciones en las que no podía evitar la palabra *yo* comenzaba a tartamudear. El *yo* se me rompía en pedazos dejando largos intervalos en medio. Esta autorreferencia a la que finalmente hube de adaptarme se parecía, con tanto espacio entre los sonidos, al canturreo de una canción. Un sonido de encendedor. Al parecer alguien encendía un cigarrillo. Todas las caras estaban sonrojadas por el vino. Cuando se relaja la musculatura de la mandíbula también se sueltan las tensiones. Las bocas se abrieron como

bolsas de basura, salieron desperdicios; yo los tenía que masticar, tragar y devolverlos con otras palabras. Algunas de estas palabras olían a nicotina, otras a loción capilar. La conversación estaba animada. Todos hablaban a través de mi boca. Las voces corrían hacia mi estómago y salían de allí de nuevo. Sus pasos retumbaban hasta mi cerebro. A los pedazos de pescado de mi estómago les sentó mal y se enfurecieron. Mi estómago se encogió y comencé a tartamudear. Cuando tartamudeaba me sentía muy bien:

“Daddaddaddas.....”

La piel de mi estómago se contrajo como una gaita y comenzó a hacer música: “Daddaddaddas hahahahat.....”

No sé si tartamudeé más de lo que me reí. Pero era agradable. Los otros, habiéndose percatado de mi transformación, se habían callado del espanto. La mujer enfrente de mí me preguntó en voz baja mirando de soslayo al presidente:

“¿Qué le pasa?”

“Discúlpenme por favor...”

Me levanté y busqué los lavabos. Un largo pasillo unía el restaurante con el edificio principal. De repente me había metido sin querer en un laberinto dentro del hotel. No se veía a nadie. Las puertas se sucedían unas a otras. En una de ellas aparecía la silueta de una elegante mujer. La abrí, entré, me puse en cuclillas y me apoyé en el radiador de la ventana. Cerré los ojos. La balanza en mi oído osciló, se inclinó hacia un lado y caí en un valle sin fondo.

4

A lo lejos se oyó un crujido. Quería abrir los ojos, pero desde dentro me era imposible ubicar los párpados. Detrás de las férreas rejas de los capilares intenté acordarme de alguna cara. Tenía la boca seca y llena de llagas. El paladar y la lengua estaban pegados. Sólo podía respirar por la nariz. Ahora el olor a leche hirviendo. Había mucho azúcar en la leche. El olor a azúcar quemado. El interior de mi boca se fue humedeciendo poco a poco; volvía a poder mover la boca. Algo blando tocó mis labios. Un lenguado. Se deslizó en mi boca y jugó con mi lengua. Primero delicadamente, después con más furia. Al final la mordió y se la comió.

Alrededor de mí todo se aclaró. En mi almohada estaba sentada una mujer que yo no conocía. Limpiaba mi frente de vez en cuando con un paño húmedo. La parte derecha de su cara era una quemadura. Lava endurecida de un volcán. La parte izquierda tenía un aspecto preocupado y poseía la belleza de una mujer en sus cuarenta. Pero cuando parpadeaba parecía una muchacha o una anciana. Llevaba puesto el uniforme azul cielo del personal del hotel. Cuando noté la toalla fría en mi frente una agradable fuerza ascendió por mi columna vertebral, como el mercurio de un termómetro.

“¿Se siente un poco mejor? La encontré en el lavabo. ¿Qué es lo que ha hecho?”

La mujer me miró a la cara. Sus ojos me recordaban a llamas de gas azuladas. Después de un rato dijo:

“No me entiende.”

Se quitó el uniforme y se preparó para irse a casa. Yo no me quería quedar sola e intenté decirle que me iba con ella, pero no podía encontrar mis cuerdas vocales. Cuando la mujer se había cambiado de zapatos dijo de modo totalmente normal:

“Venga, vamos. A mi casa. Esto es tan poco acogedor.”

Nos dirigimos a la puerta trasera del hotel. Frente al reloj de fichar buscó su tarjeta. Se encogió de hombros y desistió. Qué pena que no la encuentre, pensé, así al menos me hubiera enterado de su nombre; pero si no tiene tarjeta y sólo hace como si fuera del personal del hotel... Afuera ya se había hecho de noche.

¿Cuántas horas habrían pasado? La mujer siguió hablando aunque había dicho que yo no entendía nada. “Hay gente que odia limpiar lavabos. Pero yo encuentro que es lo más interesante de mi trabajo diario. Por el contrario detesto limpiar el vestíbulo. La mayor parte de los huéspedes tiene el ano torcido y expulsa sus excrementos hacia la izquierda y hacia la derecha hasta los lugares más increíbles. Eso ocurre porque se pasan demasiado tiempo sentados en sus oficinas. Yo sé de lo que hablo. Yo misma he trabajado una vez en una oficina.”

Cuando escuché la palabra oficina me puse triste. Yo no podía volver a la oficina, porque me había perdido mientras trabajaba.

“Es cierto que por la apariencia externa no puede saberse quién es una persona. Los señores distinguidos dejan excrementos miserables; y las damas que parecen secretarias del jefe sumamente aseadas guarrean los retretes. Y

naturalmente están todas tan agobiadas que se olvidan de tirar de la cadena.”

La mujer me cogió del brazo delante de un semáforo en rojo.

En la otra parte de la calle también había gente esperando, pero nadie nos miraba. Siempre tengo la sensación de ser blanco de las miradas aun cuando la gente no me mire abiertamente. Pero ahora creía haberme convertido en un ser transparente.

La casa de la mujer no estaba lejos del hotel. Las ventanas del edificio, viejo y gris, estaban enrejadas como las de una cárcel. La mujer descendió delante de mí por unas lúgubres escaleras. “No hay luz. Tenga cuidado dónde pisa.”

La puerta estaba cerrada con llave. De dentro provenía un sonido que me resultaba familiar, sin saber de qué. La mujer encendió una vela con una cerilla. Los contornos de una silla y de una mesa se dibujaron imprecisos en la oscuridad. Había más luz fuera que dentro y de vez en cuando se podían ver los zapatos de un transeúnte.

El techo era bajo.

En el cuarto de al lado había una cama estrecha. Encima de la mesa había algo que se movía.

Una rata negra.

Tenía exactamente la misma cara de la que yo había tenido de niña.

La mujer dijo:

“Se llama oso.”

Mi rata se llamaba “Kuma”. “Kuma” significa “oso” y el olor familiar de la habitación era el de una rata. La mujer buscó velas en el cajón y las encendió. Con cada nueva luz yo creaba una

nueva sombra.

Se hacinaban trémulas a mis pies. Sombras densas y sombras ligeras. La mujer no daba sombra. Puso la mano sobre mis hombros y preguntó: “¿Quiere beber algo?”

Después sonrió por vez primera y dijo:

“Ah, es cierto, Ud. no puede hablar.”

En algún momento había pasado de “Ud. no entiende” a “Ud. no habla”. Al parecer yo me había convertido en una muda. Echó vino tinto en una copa y me lo ofreció. Nunca había visto un vino así; enteramente del color de la sangre.

La mujer se desvistió.

“Beba tranquilamente sin mí. A mí me gustaría darme primero una ducha fría.”

La quemadura se extendía desde su cara por toda la espalda. Se dice que una persona muere si un tercio de su piel está quemado. En su caso era más de un tercio.

Sólo sus pechos eran blancos y recordaban al culito de un bebé.

Buscó un gran barreño, se metió en él y se echó agua fría por los hombros con una jarra.

El agua corría por sus pechos, se derramaba por su barriga hacia sus piernas y se volvía a mezclar en el barreño.

Las gotas de agua que caían de su vello púbico en el barreño tocaban el xilófono.

Yo temblaba de frío.

Ella volvió a coger agua y repitió la ducha. Pero más que una ducha parecía la muda de una serpiente.

El agua era como una piel transparente que se deslizaba por su cuerpo.

“Si no hago esto no puedo olvidar mi asco. En

lugar de gritar, congeló el grito y me desprendo de él.”

Mientras tanto el barreño estaba lleno hasta el borde.

La mujer se puso una bata sin secarse ni ponerse ropa interior. Sacó un queso del refrigerador y lo puso encima de la mesa. De repente acudieron corriendo ratas de todas las esquinas de la habitación; yo no podía distinguir los cuerpos de las sombras. La mujer cortó el queso en dados y lo repartió trozo a trozo:

“Seguro que estáis hambrientas.”

Las ratas agarraron el queso con sus rosadas patas delanteras y lo devoraron royéndolo en silencio. Una vez saciadas, se limpiaron los hocicos y se atusaron el pelaje de sus espaldas. La mujer cortó un pedazo de pan y me lo alcanzó sin decir nada. Estaba seco como carbón. La mujer no comió nada.

“Yo ya no necesito comer.”

Yo la miré tratando de entenderla.

La mitad quemada, la otra mitad y la cara de huesos que había tras la piel me producían la impresión de estar delante de tres personas. Sentí vértigo.

“Hace ya meses que no he comido con nadie. Lo cierto es que odio a las personas.”

Me dio una rebanada de pan.

La cogí también y me la comí.

Me parecía como si comiera ceniza.

Seguía con hambre. La habitación estaba fría.

La mujer puso las palmas de sus manos sobre las mías:

“¿Vive Ud. también sola?” – Aquel que vive solo, no lo está totalmente.

Pero esto no hay que contárselo a nadie.

De lo contrario le asesinan a uno.
Casi siempre es peligroso contar algo a alguien.
Son todos tan envidiosos.”

En la lejanía un principiante practicaba saxofón.
“Yo por eso ya no le cuento absolutamente nada
a nadie.

También esa es la razón por la que dejé el trabajo
en la oficina. No se puede estar callado en una
oficina. Sin embargo esto no es un problema en el
trabajo diario del hotel.

Pero por alguna razón uno sólo ve cosas terribles
cuando calla. ¡También Ud. debería prestar
atención a sus ojos!”

En sus ojos se reflejaba la luz de una vela. Titilaba y
salió nadando de ellos como un pez tropical
rojo y comenzó a danzar en su orejas. Pero ahí
no era una llama, sino un pendiente, un pez
tropical rojo.

Cuando el pez se irisaba de ese modo parecía
que la piel de la frente de la mujer se descamara
en forma de partículas de luz. El pez se escurrió
finalmente de sus hombros cayendo sobre la
mesa por donde empezó a correr.

A mí se me escapó un grito sordo.

Pero sólo era una rata que había atrapado el
pendiente y huía con él. Se cayó el candelabro en
el que se había enredado el pendiente. Una a una
se fueron volcando también el resto de las velas
de la habitación. La mujer no se movía. La
habitación estaba cada vez más oscura. Busqué
una vela. Se había hecho de noche.

Fuera estaba también todo tranquilo.

La voz de la mujer inquirió:

“¿Se asusta Ud. de la oscuridad?”

Yo ya me había acostumbrado a mi mudez; no me

parecía difícil acostumbrarme también a mi ceguera.

Hacía más frío.

Quizá porque las luces se habían apagado.

“Hace un mes que el dueño ha quitado la calefacción. Yo ya no noto el frío. Pero si Ud. tiene frío puede meterse en mi cama. Allí podemos seguir hablando.”

Se levantó, me cogió del brazo y me condujo al dormitorio. Estaba tan oscuro que era incapaz de reconocer ni siquiera los contornos de las cosas. La manta de lana con la que me cubrió cuando me eché en la cama olía a moho.

La silueta de la mujer se perfiló en la oscuridad en forma de ojo de cerradura. Olía a quemado. Yo pensé que tenía que ponerme de inmediato a salvo, pero mi cuerpo había entrado de nuevo en calor y el cansancio me inmovilizaba.

“No es cierto que el ser humano ya no necesite sufrir cuando esté muerto. El ser humano lo anhela entonces aún más.”

La mujer había colocado sus manos sobre mi pecho por debajo de la manta.

Mi cuerpo se petrificó.

“Venga, cierra los ojos.”

Cuando cerré los ojos vi un desierto. Sentía como si estuviera encadenada. La mujer acariciaba mis pechos como una brisa del sur.

“Saca tu lengua, déjame lamerla.”

La cama se convirtió en un trineo tirado por ratas negras a través de un desierto. A las ratas les crecieron alas. Se convirtieron en murciélagos.

El trineo voló hacia el cielo
acarreado por los murciélagos.

¡Que morir sea una sensación tan agradable!

Con estos pensamientos me entró miedo.
Yo quería gritar, pero una gran mano
me tapaba la boca.
“No debes gritar.
Eres muda.”
Yo no podía respirar y empujé a la mujer.
Estaba decepcionada de que se cayera tan
fácilmente.
Me incorporé y la miré desde arriba.
Me sentía fuerte como un niño de cinco años.
La mujer dijo:
“No quiero morir sola.”
Se dio la vuelta y sollozó.
Su voz hizo flaquear mis rodillas y los
ojos se me pusieron tan calientes como si se
hubiera introducido en ellos una vara de fuego.
Me bajé de la cama, me arrodillé en el suelo y le
acaricié la espalda que se sentía dura y fría como
el caparazón de una tortuga. Poco a poco se
ablandó y se entibió bajo mi mano. Después de un
rato levantó su cabeza y dijo:
“Ahora vete a casa y vuelve mañana. Mañana
cuando vuelvas te devuelvo esto.”
Me enseñó lo que tenía en la mano. Era mi
lengua.

5

Una vez en casa encendí la luz. Me acordé de
que Xander había telefoneado. Un humo de
cigarrillos flotaba en la habitación. Xander estaba
sentado en el sofá, fumando.
“¿Sabe ella qué hora es?!”
Yo miré al reloj, pero las agujas habían

desaparecido.

Me lavé el maquillaje de la cara con agua fría.

“¡Nadie trabaja tanto tiempo!”

Me miré al espejo y abrí la boca. La lengua no estaba, la boca era una caverna oscura y profunda. Xander no era en realidad fotógrafo sino profesor de alemán. Él era el que me había enseñado las primeras palabras cuando llegué a esta ciudad.

Impartía clases particulares para principiantes en una escuela privada. El método de enseñanza de la escuela consiste en no dar explicaciones. El alumno ha de repetir tantas veces lo que el profesor dice hasta que lo sepa de memoria. Yo me acordaba muy bien del primer encuentro con Xander.

Llevaba puestos unos vaqueros con la raya marcada y una camisa blanca como papel. Parecía un colegial. Pero la nuez, la barbilla y las mejillas que emergían del cuello de la camisa estaban envueltas en la piel de un hombre de mediana edad harto de la vida. La primera frase que Xander me dijo fue:

“Esto es un libro.”

Después de haber dicho lo mismo de un bolígrafo y de un cenicero, ya estaba enamorada de Xander. Al menos me daba esa impresión. Yo me enamoro en el acto de un ser humano que me enseña las palabras. Mientras repetía lo que él pronunciaba mi lengua se convirtió en su posesión.

Cuando Xander le dio una calada al cigarrillo, tuve que toser y la lengua me dolía como si se hubiera quemado. Xander le daba nombre a las cosas. Como el creador. A partir de ese día *hon* se llamó

libro y *mado* ventana.

La siguiente clase ya no fue tan fácil. Se había acabado la suerte de la repetición. Cuando se me preguntó:

“¿Es Ud. japonesa?”

yo respondí:

“Sí, Ud. es japonesa.”

El truco del juego consistía en sustituir *Ud.* por *yo*; pero yo, así de pronto, no lo había captado.

Xander se reía. Como un globo que estalla. Yo no me reía. Repetía todo lo que él decía.

Todo menos su risa.

Ese día fuimos a la ciudad a comprar muñecos.

Xander me compró una muñeca japonesa de seda; yo le compré una marioneta rubia que tocaba el violín. Desde entonces en las clases de lengua hablábamos como ventrílocuos.

Dejábamos hablar a los muñecos; a partir de ese momento ellos condujeron la conversación en tercera persona. El violinista preguntó:

“¿Puede Xander citarse mañana con su amante?”

La muñeca de seda respondió:

“Pues no. No está de humor.”

Después he comprendido el significado de la primera y de la segunda persona. Pero hasta hoy mi relación con Xander sigue desarrollándose en la tercera.

El violinista abrazó a la muñeca de seda y dijo:

“¿Dónde estaba?”

Se había preocupado mucho.”

Entretanto Xander había adquirido tal destreza en el uso de la marioneta, que la podía mover con una mano y como quien no quiere la cosa. En la otra mano tenía un cigarrillo.

“Se ha preocupado mucho y se preguntaba si no

le habría pasado algo malo.”

Con las diestras puntas de los dedos el violinista despojó a la muñeca de seda de sus suntuosos ropajes. La seda de color de la flor del cerezo se mecía en el aire y se depositaba en capas sobre el suelo. Entonces su color se transformaba en el de la sangre. Ahora la muñeca estaba totalmente desvestida. El violinista se quitó el frac y el pantalón; debajo del pantalón no tenía ningún órgano sexual, sólo dos piernas bamboleantes. Eso es así en los juguetes para niños.

“Vamos a coserle uno de trozos de tela.

No tener nada es algo raro. ¿O sería mejor tallarle uno de madera?”

Xander, disgustado, rechazó esta propuesta.

No podía soportar que se frivolizase sobre este tema.

“Las mujeres y los hombres son totalmente distintos. A los hombres se les maneja con hilos desde arriba, a las mujeres se les mueve directamente desde abajo. Los hombres están hechos de madera, las mujeres de seda. Los hombres pueden cerrar los ojos, las mujeres no. Para el amor basta con estas diferencias.”

Gracias a esta aclaración el violinista sigue manteniendo hasta hoy el mismo cuerpo que el que tenía cuando lo crearon.

El violinista preguntó temeroso:

“¿No se habrá vuelto muda, verdad?”

Temblaba. Sus articulaciones repicaban como castañuelas.

“Espero que no se haya olvidado de las palabras que le he enseñado.”

Hacía mucho que no considerábamos el hecho de que los muñecos no pueden hablar.

El violinista dijo:

“Ahora deberían irse a dormir. Mañana se va a ver todo de otra manera.”

Xander se fue a la cama. El sonido del teléfono atravesó la oscuridad. Seguro que es esa mujer. Xander se levantó con la intención de coger el teléfono, pero yo le sujeté del brazo impidiéndole descolgar. Xander volvió a acostarse en la cama.

El violinista susurró:

“Al parecer tiene un nuevo amante.”

Después del séptimo timbrado el teléfono enmudeció. Yo me acordé de que mi madre sólo volvía a colgar después del séptimo timbrado. ¿Y si era ella? A lo mejor se ha puesto enferma. ¿Debería llamarla? ¿Pero como podría hacerlo? Sin lengua. Cuando Xander empezó a roncar, me metí un dedo en la boca. Efectivamente, mi lengua había desaparecido.

6

El día siguiente era fiesta.

Me despertó el ruido de los cacharros.

Xander hacía café en la cocina.

Me miré en el espejo. La mujer tenía un aspecto saludable y vigoroso; igual que la de la foto. Las mejillas resplandecían como melocotones. Los labios desplegaron una sonrisa, pese a no estar de humor.

Bajo los ojos tracé rastros de falta de sueño.

Con una barra blanca me pinté los labios para que pareciera que no había sangre en ellos.

Después me froté con vinagre el contorno de los ojos. La piel se contrajo y se arrugó. Rompí la foto

y fui a la cocina.

Xander miraba por la ventana.

Su nombre atronaba en mi cráneo e intentaba salir. Pero no encontró ninguna voz. Cogí leche del frigorífico y la calenté. Xander se dio la vuelta y puso sus manos sobre mis hombros. Pero cuando vio la leche salió corriendo de la cocina. No puede soportar el olor de la leche caliente. El violinista y la muñeca, vestidos de domingo, ya estaban sentados en la mesa de juguete.

“¿Le ocurrió algo ayer?”

Él esperó bastante tiempo una respuesta, desistiendo finalmente con un suspiro:

“Ya no utiliza las palabras que él le enseñó.”

Corté pan. Xander no comía. El pan no me gustaba, estaba demasiado fresco y húmedo. Tenía ganas de comer pan seco; debería estar tan seco como el carbón.

¿Podría él ir con ella hoy al lugar en el que estuvo ayer?”

Yo asentí.

Llegamos hasta el hotel atravesando la desolada ciudad. Desde allí el camino me era perfectamente conocido: saliendo por la puerta trasera, hasta el semáforo por la calle ancha y después a la derecha por la callejuela estrecha. El pavimento y la fachada del viejo edificio gris relucían con un sol mañanero, que había disipado todo rastro de misterio. Ya desde lejos yo había reconocido las ventanas del sótano.

Les faltaban los cristales, en las rejas de hierro se entretejían las telas de araña. Me agaché y miré hacia dentro.

Sólo objetos negros, carbonizados, volcados. En el suelo había pintada la silueta de una persona

con tiza. También las paredes estaban negras y carbonizadas.

“¿Aquí?”

Xander estaba sorprendido. Yo asentí. Una mujer vieja bajaba por la escalera y nos miró con desconfianza.

“¿Qué es lo que están buscando aquí?”

Xander señaló con la cabeza en dirección a la vivienda del sótano.

“¿Qué es lo que ha pasado?”

“Ahí se quemó hace un mes una mujer y desde entonces no se ha tocado nada. Al parecer se está comprobando si se trató de un asesinato. Habría que limpiar de una vez ese nido de ratas para que los vagabundos no se instalen en él. Ayer mismo por la noche volví a escuchar voces. Me entró mucho miedo. Yo vivo justamente encima.”

Xander preguntó:

“¿Quién era?”

“Tenía unos cuarenta y cinco años, vivía sola y era muy callada. Nos saludábamos, claro, pero no intercambiamos jamás ni una sola palabra. Debía de trabajar en un hotel. Yo no creo que fuese un asesinato.”

“¿Por qué no?”

“Porque no había razones para matarla.”

“¿Se trató entonces de un suicidio?”

“Quizá al vivir sola sufriera de soledad.”

“Pero también pudo ser un accidente. Quizá el fuego prendió sus cabellos cuando se encendió un cigarrillo.”

“Es posible. En todo caso no es bueno que una mujer viva sola.”

“¿Ud. dijo que ocurrió hace un mes?”

“Sí, justo hace un mes.”

Cuando en el camino de vuelta me froté los ojos, me di cuenta de que estaban humedecidos de lágrimas. En un escaparate se reflejaba mi rostro. Los ojos estaban enrojecidos e hinchados, la cara recordaba a un jardín después de una tormenta. Por la noche, cuando Xander dormía, regresé a la gris vivienda del sótano. Al escuchar que alguien a lo lejos ensayaba escalas tonales en su saxofón empecé a correr.

Las escaleras del sótano estaban débilmente alumbradas.

Descendí por la oscura escalera y llamé a la puerta. La puerta se abrió sin hacer ruido.

La mujer salió y me abrazó.

Yo aún jadeaba: al inspirar mi cuerpo se expandía y al expirar se contraía de nuevo.

“Qué bien que hayas venido. Si no lo hubieras hecho me habría sentido muy sola.”

En la habitación todo estaba como la noche anterior y lo que había visto por la mañana me parecía un sueño. En la mesa ardía una vela. La mujer me sirvió un vaso de vino tinto. El vino olía a sangre. La mujer me cortó pan. El pan estaba seco y sabía a carbón. Esta vez me pareció delicioso. Cuatro ratas negras vinieron y se llevaron las migas.

La mujer dijo:

“La niebla es muy espesa. La ciudad parece una jungla.”

Acarició el dorso de mi mano. En las partes acariciadas crecieron escamas brillantes.

Resplandecían rojas y verdes.

La mujer sopló la vela.

Ahora la única luz era la de mis escamas.

“Escúchame con atención. Te hablo porque excepto tú no hay nadie que entienda mi lenguaje.”

Yo sentía su respiración como una brisa nocturna sobre mi cara.

“Al principio todos van a admirar tus escamas. Se te va a envidiar por eso y serás feliz. Súbitamente un día alguien te dirá que te va a matar y de repente todos empezarán a odiarte. Vas a tener mucho miedo y tu columna vertebral se pondrá blanda y no se podrá mantener derecha. Tu cabeza se inclinará hacia delante. Entonces ya será demasiado tarde.

Todos te lanzarán piedras.

Las piedras retumbarán en tu cabeza como en un tambor de madera.

Y tú te darás cuenta de que acompañan las oraciones para tu funeral.”

La mujer cogió mi cara entre sus dos manos.

Se oyó un chasquido;

provenía de las escamas que me estaban creciendo.

Estaban frías y ásperas.

La mujer pasó sus huesudos dedos por mi cabello, allí zumbaba el aleteo de los murciélagos.

La cabeza se me volvió pesada y me sobrevino un gran cansancio.

“Estás cansada. Échate a la cama y duerme un poco.”

Apenas había dicho esto se abrió la puerta con un gran estruendo. Ladró un perro. Las enormes sombras negras de dos hombres se abalanzaron sobre mí y me arrojaron al suelo.

Yo lancé un grito sordo.

Una voz de hombre gritó:

“¿Qué es lo que busca aquí?”

La habitación se iluminó. Estaba vacía y carbonizada. Allí, en medio de ella yacía yo sobre el suelo.

La sombra del pastor alemán olfateaba el olor a vino de mi boca y me gruñía.

Detrás de él había dos hombres uniformados. Habían desaparecido los muebles y tampoco estaba la mujer.

“¡Su carné!”

Dijo uno de los hombres, que llevaba una poblada barba. Yo me puse de pie.

Mi ropa estaba llena de hollín.

“¿Cómo se llama Ud.?”

Intenté limpiarme el tizne. Un rugido salió desde la espesa barba:

“¿Es que no oye? ¡Le he preguntado que cómo se llama!”

El otro dijo:

“No te entiende.”

“Tiene aspecto de enferma. Mírale la cara.

Parece un fantasma.”

“Una fugitiva.”

“De todas formas no tiene nada que ver con el caso. Vamos a dejarla en paz.”

El de la barba espesa me golpeó tres veces en la espalda con un bastón que tenía en las manos:

“Vete corriendo a tu casa. Si te quedas aquí estás perdida...”

Cuando el otro escuchó esto soltó una carcajada estridente como una sirena.

“Empiece por la esquina.”

En algún momento se había peinado la barba y se había puesto un traje. Yo levanté el pesado martillo de plomo y lo dejé caer en el sitio que el hombre había señalado con el dedo. Las ratas se dispersaron en todas las direcciones; una de ellas que había sido demasiado lenta acabó apachurrada por mi martillo. El larguirucho escribía algo en su cuaderno de notas. El barbudo señalaba hacia otro sitio.

Yo levanté el martillo y lo dejé caer en el sitio señalado.

El espinazo de una rata que había sido demasiado lenta se quebró con un crujido.

“¡Un poco más de puntería, por favor!”

Me limpié con un pañuelo el sudor de la palma de la mano. El hombre dijo con una voz suave:

“¡Abra la puerta!”

Lo hice: innumerables ratas se apiñaban temblorosas. Cuando levanté el martillo salieron todas corriendo. El martillo cayó de un golpe. La última rata había sido demasiado lenta. Lanzó un chillido estridente. Un sudor salado se me metía en los ojos. Antes de apuntar hacia el siguiente lugar que el hombre me indicaba me restregué los ojos.

“¡Más deprisa, más deprisa!”

Al levantar el martillo me tambaleé por el peso.

“¡Con más fuerza, con más fuerza!”

Como si estampara sellos continué dando certeros golpes. Ya apenas quedaban ratas.

Parecía que el larguirucho apuntaba el número de las ratas muertas en su cuaderno.

“¡Ahí también!”

El barbudo indicó la dirección con la cabeza. Un par de ratas royeron la puerta como si quisieran huir de la habitación. Levanté el martillo con mis últimas fuerzas. El mango estaba húmedo. Una rata se volvió justo un momento antes de yo golpear el suelo. Yo reconocí la cara. Era la cara de la mujer que se había quemado. Cuando desperté mis manos y mi cabello estaban cubiertos de sudor. El pelo tenía un olor extraño, como después de un largo viaje. Tuve que lavármelo. Tenía que desprenderme de ese olor. Como las bañeras se parecen tanto a los sarcófagos me lavé la cabeza en el fregadero de la cocina. Dejé correr el agua en la pila, sumergí los cabellos y los sacudí. Cayeron hojas marchitas, alas de mariposa, hormigas muertas y colas secas de lagartija. La mujer del espejo, esa no era yo.

Era *ella*.

Sin lugar a dudas.

Le di la vuelta al espejo.

Ese día prescindí del maquillaje. Calenté leche y envolví las piernas en una manta; como una enferma. Extendí el periódico y leí las páginas de anuncios de ofertas de empleo. Pensé que después de ese suceso ya no me volvería a ser posible trabajar como intérprete y que tenía que buscarme otro trabajo. Como había obtenido mi visado bajo la condición de no tener que recurrir a un seguro de desempleo, tampoco podía acudir a la oficina de empleo.

“Se busca portadora de escamas.”

Un circo buscaba portadora de escamas. No se me volverá a presentar una oportunidad así,

pensé. Acaricié mis mejillas con la punta de los dedos y me aseguré de que las escamas estaban firmes y frescas. Me puse una blusa de seda sin mangas y una falda corta para mostrar que todo mi cuerpo estaba cubierto de escamas. El circo había instalado sus carpas en un descampado fuera de la ciudad. Era casi mediodía. Alrededor todo estaba en silencio. ¿Acaso dormían todos? En las entradas de las carpas se leía “Departamento de cuentas”, “Departamento de fieras” o cosas similares. Finalmente encontré una tienda con el letrero “Departamento de personal”. Dentro había sentado un hombre con una corbata y una mirada penetrante. Yo quería decirle que había venido por el anuncio del periódico, pero entonces me acordé de que no tenía lengua. El hombre soltó una carcajada. “Ud. es portadora de escamas, ¿no es cierto? ¡Jamás se me hubiera ocurrido que íbamos a encontrar tan pronto una sustituta! Estamos pasando por un periodo difícil, porque nuestra mujer-pep falleció la semana pasada de un cáncer de pecho.” Parecí gustarle al primer golpe de vista. “Los pechos de las mujeres-pep no deben ser tocados demasiado a menudo. Eso se sabe y a pesar de ello un escritor amigo mío quería beber todos los días leche de pep. No es de extrañar que nuestra mujer-pep se haya muerto.” El hombre se levantó. “Le voy a enseñar nuestra carpa.” Me vinieron a la cabeza las solitarias serpientes y las salamandras que me había encontrado una vez en una barraca de feria. O sea que en esta ciudad también existía una instalación igual de

triste.

Estaba tan oscuro en la carpa que no podía ver nada. De vez en cuando se escuchaba un murmullo espectral. Cuando el hombre encendió la luz vi a más de diez mujeres en falda corta sentadas delante de mesas de oficina ordenando documentos. Al ver al hombre gritaron al unísono: *¡Buenos días!* Sus labios y mejillas estaban tan rojas como si acabaran de ser apaleadas y parecían haberse escapado de una revista de moda.

“Esta barraca es nuestro gran orgullo.”

No había ni serpientes ni salamandras, pero a pesar de ello todo recordaba a una barraca de feria. De todos modos yo no podía imaginar para qué necesitaban a alguien con escamas. Las mujeres me sonreían, pero no decían nada. El hombre salió y las mujeres empezaron a pegarse unas a otras en silencio. Sólo a mí me dejaron en paz. Las paredes tenían muchos agujeros. Quizá alguien miraba hacia adentro. Una de las mujeres cayó al suelo inconsciente, las otras se abalanzaron sobre ella y le pusieron un vestido de novia. Esto se repitió con todas hasta que al final yacían novias por doquier. Yo tenía miedo; trepé por un poste y me senté en un trapecio.

Afuera gritaban voces de hombres borrachos:

“¡Baja de una vez!”

O sea que había sido observada.

“¡Es de cobardes huir de la vida.

Venga baja!”

Alguien cortó los cables del trapecio.

Yo caí boca abajo y perdí el conocimiento.

Cuando volví en mí, se estaba celebrando una

boda grupal. Yo yacía en medio de una mesa sobre una bandeja para pescado.

Las novias renunciaban a su profesión y se retiraban el maquillaje y los novios parecían totalmente agotados. Una de las mujeres se levantó, lanzó al aire una copa y anunció:

“¡A partir de hoy queremos llevar una vida honrada!”

“¡Una vida honrada!” repitieron los demás.

“¡Si algo apesta también lo vamos a decir! ¡Y las portadoras de escamas apestan!”

Los hombres se sentaban increíblemente exhaustos en sus sillas y esperaban a que acabase la celebración.

Las mujeres gritaban:

“¡Y del mismo modo vamos a expresar nuestros deseos! ¡Queremos dinero!”

Brindaron entre sí:

“¡Por la libertad!”

El chef llegó con un gran cuchillo en la mano.

Cuando hizo los honores, aplaudieron todos.

Después raspó con el cuchillo las escamas de mi espalda. Se desprendieron volando en el aire como nieve de flores de cerezo.

Mi piel ardía. Escuché un aplauso atronador.

Cuando desperté yacía sobre mis dedos que estaban fríos y entumecidos.

Yo siempre respiro aliviada cuando se han acabado mis sueños. No hay un trabajo más fatigoso que dormir.

Como el espejo estaba dado la vuelta no podía maquillarme.

Calenté leche, me senté en una mesa de la cocina y desplegué un periódico.

Entre la maraña de noticias estaba la fotografía de esa mujer. Sin quemaduras. Parecía muy



desgraciada. Y fea. Seguramente el fotógrafo había retocado la imagen. Se informaba de que en un principio se barajó la hipótesis de asesinato, sin que posteriores investigaciones llegaran a un resultado concluyente. Ahora se trabajaba con la de suicidio. Al parecer una suicida ha de ser mostrada demacrada.

8

El espejo, que, girado hacia la pared, colgaba junto a la fotografía, era un regalo de despedida de mi madre. Un mes antes había volado a Japón después de mucho tiempo. Mi madre no había venido al aeropuerto. Ya había manifestado tiempo atrás que nunca iría a un aeropuerto porque el ruido de los aviones le recordaba al bombardeo de Tokio. Había perdido a toda su familia en ese ataque.

Fue un vuelo extraño. Finalmente, después de un largo trayecto, llegué. Llamé a la puerta, increíbles recuerdos me asaltaban; dentro todo permanecía en silencio. Intenté abrir la puerta. No estaba cerrada con llave. En el interior estaba oscuro. Encendí la luz y empujé hacia un lado una puerta corredera; una gran máquina que estaba compuesta de un telar y una bicicleta ocupaba totalmente la pequeña habitación. Mi madre estiraba la parte superior de su cuerpo y miraba fijamente al vacío como una ciega.

“¡*Okaasan, watashi yo!* – ¡Madre, soy yo!”

Hacía mucho que no hablaba japonés; en la palabra *okaasan* volví a encontrar a aquella que una vez fui; con la palabra *watashi* tenía la

sensación de ser mi propia traductora simultánea. Mi madre me miró sin cambiar la expresión de la cara. Exactamente como si no me conociera. Luego se levantó y dijo, después de reflexionar un rato:

“¡Ah, eres tú!”

Dos lágrimas rodaron de sus ojos, pero su cara seguía inexpresiva. Se me vino a la cabeza una escena de una película europea en la que una madre y una hija se abrazaban al reencontrarse. Pero aquí estábamos en Japón, donde el cuerpo de la madre no se toca.

Su cara estaba cubierta de escamas claras y brillantes.

“Tienes buen aspecto. Da la impresión de que has rejuvenecido.”

Señaló a la extraña máquina con el dedo y respondió:

“Porque entreno cada día.”

Se remangó y me enseñó su musculoso brazo:

“No sólo me han salido músculos; en el cuello se me ha formado un globo histérico que me duele y me dificulta la respiración.”

Yo no sabía lo que era un globo histérico, pero no tuve el valor de preguntar. Me toqué el pelo asustada cuando mi madre me preguntó por qué se había vuelto tan fino. Ella inquirió:

“¿Y de dónde viene el brillo rojizo?”

“De la luz, probablemente.”

“Allí la luz es otra. Por eso han cambiado los cabellos.”

“Sí, es posible...”

Mi madre miró mi pelo con tristeza.

“¿Qué máquina es esa?”

“Una máquina de entrenamiento. Para body

building.”

“¿Por qué te has comprado algo así?”

“Porque no tengo otra cosa que hacer. –

Sería terrible si me pusiera enferma y entorpeciera tu carrera. Por eso entreno cada día.”

“Pero eso es *malo* para la salud.”

“¡No lo sabes tú bien! En las revistas pone que cuando se forma músculo baja el nivel de hormonas femeninas y con ello se desvanecen las depresiones, pero todo eso es una mentira. Sólo se le hace a una más difícil respirar. Por el globo histérico. Tengo la sensación de que cuando tú no estás olvido poco a poco las palabras.”

Me di cuenta de cómo su mirada acariciaba mi cuerpo.

“¿Por qué se te ha puesto una cara tan asiática?”

“Qué tonterías dices madre. Eso es normal. Soy asiática.”

“No me refería a eso. Se te ha puesto una cara extraña; como la de los japoneses que salen en las películas americanas.”

Eché un vistazo a la habitación. No había espejos. Por eso mi madre no se había dado cuenta de sus escamas.

“¿Para qué utilizas ahora mi antigua habitación?”

En lugar de responder preguntó:

“¿Por qué no te cortas el pelo?”

Dicen que el dios de la muerte se agarra al pelo largo.”

Yo quería a toda costa volver a ver mi antigua habitación.

Cuando abrí la puerta corredera de mi querida habitación infantil me llegó un penetrante olor a moho. La ventana había desaparecido. Sobre la cama yacían las muñecas de trapo como muertos en un campo de batalla con las entrañas al aire.

En el rincón había un montón de cajas apiladas.

Levanté una tapa: pañales y baberos.

“¿Qué es esto?”

“Tus cosas de niña.”

“¿Y por qué no las tiras? Están llenas de escamas.”

“Querrás decir de moho.”

Mi madre nunca tiraba nada. Siempre decía que cuando uno se cría en una guerra no tira nada.

Tomó en sus manos los baberos y los acarició como si fuera algo muy valioso.

“Con cinco años todavía no estabas destetada.

Incluso cuando teníamos visita llorabas pidiendo el pecho poniéndome en un aprieto.”

Yo no podía acordarme del pecho de mi madre.

¿Cuándo había tocado su cuerpo por última vez?

“Le pedí consejo al médico. El se rió y te

dijo: ‘Las niñas no hacen esas cosas’. En qué

pensarías entonces cuando lanzaste con todas tus fuerzas el juguete de porcelana que tenías en

la mano a la cara del médico. Le hiciste una

herida y él se puso tremendamente furioso,

parecía el príncipe del infierno cuando vociferaba:

¡Te arranco la lengua!”

Yo no podía acordarme.

En una esquina de la habitación había una jaula

oxidada con finos huesos blancos diseminados

dentro. Los huesos de mi rata, que se había

muerto diez años atrás.

La madre dijo jovial:

“Son los huesos de *Kuma*.

¿Te acuerdas?”

“Tíralos, por favor.”

“Yo pensaba, cuando regrese...”

“¿Quién va a regresar? Yo en todo caso ya no.”

“A lo mejor vuelve mi hija. Está labrándose su

futuro, después seguro que vuelve.”

“Yo no vuelvo. Y si vuelvo, entonces voy a ser otra.”

“¿Tú, quién eres tú?”

“¿Qué es lo que estás hablando? Yo naturalmente.”

“¿Desde cuando puedes nombrarte yo tan a la ligera?”

Se puso en cuclillas y de repente comenzó a llorar.

“¿Y si no cómo tendría que nombrarme?”

“¿Por qué hablas de modo tan extravagante?”

La madre lloraba como una flauta resquebrajada.

“Madre, dejemos de pensar en el pasado.

Mejor consideremos lo que ahora aún nos ayudaría.”

“¿Ahora aún? Cuándo es eso?”

“Si lloras te salen escamas.”

“Yo sólo espero la muerte. ¡Tú tienes trabajo, tú tienes amigos. Pero yo he renunciado a todo para poder criarte!” Ahora con su espalda tan estrecha parecía que se hundía en su vestido.

“Madre, yo no tengo trabajo.”

“Pero en tus cartas siempre me das muchos detalles sobre tu trabajo.”

“Todo eso sólo eran invenciones.”

“No necesitas ascender. ¿Para qué quieres quedarte más tiempo allí? Quédate aquí. ¡No te vayas más!”

Una mosca se había extraviado en la habitación. La madre le asestó un golpe con un matamoscas y la mosca se quedó pegada muerta en la pared. Madre odia todas las cosas que vuelan por el aire como los aviones. Desde que un avión me había llevado consigo madre estaba sola.

Miró al reloj y dijo:

“¡Hora de entrenar!”

Su reloj no tenía agujas. La madre se sentó en la máquina de entrenar y comenzó a darle a los pedales. Los pedales movían una cadena, la cadena movía un engranaje, finalmente se oía una especie de música de órgano. Curiosamente los sonidos no tenían ni duración ni tono, surgían de la lejanía como los tornados en el desierto, se enredaban en torno a mí y me hacían girar sobre mi propio eje. Yo me puse mala, me sentía borracha como después de una fiesta, quería vomitar, pero de mi boca sólo salía – Risa. Era divertido; nada se podía hacer para evitarlo. Con cada giro me volvía un año más joven. Delante y detrás desaparecieron. Yo ya no podía ver nada. Las rodillas y los talones se me pusieron blandos. Yo ya no podía permanecer de pie.

Los labios y el ano se calentaron. Yo gritaba como un lactante; el grito de un bebé moribundo, que está siendo absorbido por la vagina de la madre. Yo grité cuando desaparecí en el negro agujero del tornado. Hice acopio de mis últimas fuerzas y maldije a mi madre.

¡Muerte a las portadoras de escamas!

Entonces me transformé en una portadora de escamas y caí en mi propia vagina, el negro agujero del tornado.

9

En realidad yo no era una intérprete; de vez en cuando he imitado a una intérprete. En realidad yo era solamente una mecanógrafa. Ahora que había

perdido mi lengua no podía ni siquiera imitar a una intérprete. Mi tarea se reducía a martillear sobre el papel palabras difíciles de entender. Después de teclear durante medio día mi espalda era como el caparazón de una tortuga. Por la tarde ya no podía mover la cabeza. Por la noche mis dedos estaban fríos. A pesar de ello seguía tecleando en la barata máquina de escribir mecánica.

Los brazos que portaban los tipos y que se alzaban de un salto cada vez que yo presionaba una tecla me recordaban a los brazos de un ahogado. Hacia la media noche yo ya no podía ver nada más. Seguía tecleando ciega. Recibía cada vez más encargos porque las mecanógrafas que convertían en letras las voces de los espíritus eran cada vez más escasas en los últimos tiempos. Naturalmente no tenía tiempo de dormir. De tanto en tanto echaba una cabezada sobre la máquina de escribir. Cuando volvía a despertarme continuaba escribiendo.

Se puede decir que yo había regalado la lengua a aquella mujer para el resto de mi vida. Cada noche escuchaba atentamente su voz y apuntaba sus palabras.

Por eso ya no podía entender ni aquello que Xander decía. Sí, ni siquiera podía acordarme de haber entendido a Xander alguna vez. En realidad Xander no era profesor de alemán. Era carpintero. Elaboraba para mí todo lo que se puede fabricar de madera. La silla, de la que ya no me levantaba, y también mi mesa las había construido Xander. Xander había clavado a la silla mis talones con gruesos clavos para que no me cayera mientras dormía. Pero mis fuerzas estuvieron pronto consumidas. Los globos

oculares se contrajeron de cansancio y los latidos del corazón resonaban dolorosamente en mi cerebro. Tuve que vomitar y expulsé del estómago vacío un líquido verde.

Por compasión Xander me construyó una cama. La cama tenía forma de cajón de madera de mi tamaño y se podía cubrir con una tapa. Y cuando se cubría con la tapa no se podía ver ni oír nada dentro. Xander la fijó con clavos para que pudiera dormir sin ser molestada por nadie.

Al día siguiente mi caja de madera se convirtió en un pájaro escamoso de cuatro patas con el nombre *Sarcófago*. El pájaro comenzó a correr conmigo en el interior, tropezando torpemente, como tartamudeando. Cuando aceleró, su cuerpo se calentó y se endureció, finalmente estiró el cuello, se elevó de la tierra y voló hacia el éter. Volamos con la mirada dirigida hacia la tierra al reino de los muertos.

La esfera terrestre está cubierta por el mar en un setenta por ciento, por eso apenas es sorprendente que la superficie terrestre muestre cada día un aspecto distinto. El agua subterránea mueve la tierra por debajo, las olas de la costa desgastan el litoral y arriba los hombres dinamitan las rocas, ponen campos en los valles y dragan el mar. Así se transforma la forma de la tierra. Yo extendí un mapamundi. En el mapa se ha suprimido el movimiento del agua, por eso parece que las ciudades están siempre en el mismo sitio. Las innumerables líneas rojas trazadas entre las ciudades señalan las rutas aéreas y marítimas. Los hombres maquillan cada día la cara de la tierra atrapada entre las redes según el modelo del mapa. Como un asustadizo rebaño de ovejas las nubes

se relegan a un segundo plano. A lo lejos se divisan un montón de bombarderos desprendiendo bombas de sus anos.

Finalmente las nubes han desaparecido por completo. La tierra se hace visible.

Un mar de fuego.

El espectro de una azafata llega volando con dos jarras en las manos:

“¿Desea Ud. té o café?”

La diferencia para mí es prácticamente inexistente ya que no tengo lengua. La azafata lleva un niño a la espalda. El niño está hambriento y grita pidiendo leche. A mí también me apetece leche.

No necesito ni té ni café. La voz de Xander dice:
Me da asco el olor de la leche templada.

En ese momento fluye leche blanca como el papel de las jarras de la azafata, extingue el fuego bélico que envuelve la esfera terrestre y se filtra en la tierra mezclada con ceniza. Cuando el fuego está completamente apagado ya no hay más leche.
Ni una sola vez me han dado leche.

Dice la voz de aquella mujer. Nació en el año en el que se acabó la Segunda Guerra Mundial. Pronto vamos a dejar las ruinas atrás.

Las rugosidades del desierto se hacen visibles.

Pasa una segunda azafata y pregunta:

“¿Verdura o carne?”

No hay diferencia alguna entre que yo coma esqueletos de hierbas o de cuadrúpedos.

Después de una guerra todo sabe a ceniza.

En el desierto se construye una fábrica en la que aquella mujer, que ahora lleva puesto un uniforme de trabajo, duerme con un hermoso hombre.

Detrás espera su turno otro hombre aún más hermoso; hay muchos otros más formando una

larga cola. Pero cuando dan las cinco en el reloj la mujer se quita el uniforme de trabajo y se va corriendo a casa.

El sol huye detrás del globo. En la oscuridad mi pájaro alado va más deprisa. Sobre la tierra se puede ver la luz de una vela. Ella es la única que permanece aún despierta cuando todos los habitantes de la ciudad se han acostado; uno a uno sus cabellos se van transformando en pinceles y escriben cartas.

Sobre los sobres no hay direcciones. Yo intento leer las cartas con mi catalejo. Pero en cuanto la mujer ha acabado de escribir una carta viene un policía en pijama y se la lleva. No la censura.

En este país no hay censura.

En los retretes no hay papel, por eso todos utilizan las cartas. Después ya no son legibles. Todos los policías bostezan cuando salen del baño y le pegan un tiro a la mujer con la pistola; livianamente, como si accionaran el disparador de una cámara y cada vez se abre un nuevo agujero en la cabeza de la mujer; pero ella no se desploma.

Como si fuera un autómata de la escritura.

En lo más profundo de mis oídos la voz de Xander:

“¿Eres tú?”

En mi lugar responde la mujer, gritando en alto:

“Sí, tú.”

Entonces reprime una carcajada. Al parecer Xander no lo puede oír. Con una voz cada vez más firme pregunta:

“¿Has dejado de pronunciar ya las palabras que yo te enseñé?”

La mujer tose y se ríe.

“Has besado a una muerta.”

Vuelve a reírse. Yo comienzo a llorar,

naturalmente sin voz y sin lágrimas.
“Has regalado tu lengua a una muerta.”
En este momento me doy cuenta de que *ella* es
el pájaro escamoso de nombre *Sarcófago*.
Empujo la tapa y salgo fuera de un salto. El cielo y
la tierra también se han acabado y aquí: un prado
susurrante y desolado en un cosmos de delgadas
hierbas. Recuerdo haber tenido la misma
sensación al abandonar por primera vez el útero.
Abrazo con todas mis fuerzas el cuerpo del pájaro
escamoso, sus escamas se transforman en mis
brazos en furines³, que empiezan a sonar una tras
otra. Sus sonidos nítidos y delicados y amargos y
blandos penetran en mis huesos y estos
comienzan también a cantar; en medio de sus
tonos aparece una fuerza que no pertenece a nadie.
Entonces Xander me persigue con su moto.
Ahora me ha alcanzado. Yo caigo
de espaldas y pego con la nuca en el asfalto de la
autovía.
“¿Crees que es suficiente con que te vaya bien?
¿No la quieres ayudar? Ella necesita un paraguas
y amor.”
Empieza a caer una lluvia gris, que contiene humo
de fábrica.
El pájaro escamoso lanza un grito de dolor; yo
abro el paraguas encima de él; la lluvia humedece mis
cabellos y los vuelve pesados, disuelve sus raíces
y los arranca. No era la luz, sino la lluvia, lo que
había vuelto tan finos mis cabellos.
Un vigilante insta por el megáfono a tomar
precauciones. Muchos hombres y mujeres
desnudos se bañan en la lluvia gris y se

³ Campanilla evocadora del viento. [N. de la T.]

desperezan en medio de la autovía. Sólo las mujeres que no son de aquí permanecen sentadas en los bordes de la carretera arrebujadas en sus toallas.

Xander me pone un cuchillo en la mano y dice:

“¡Despójalas de sus corazas.

Que se desnuden y se liberen.

Que puedan vivir la vida!”

En el intento de entender las palabras de Xander, me pongo tan alterada como en un examen.

Xander encadena el cuerpo del pájaro escamoso y dice con el tono de un profesor de idiomas:

“Deberías conocer el significado del extranjerismo amor tan bien como el de paraguas. Los bárbaros son los únicos que no entienden esta palabra.

Yo asentí plenamente de acuerdo e introduje mi cuchillo en las escamas. Los furines se acallaron, se precipitaron en la calle como ciruelas arrugadas cubiertas de sangre. El pájaro escamoso está muerto, pero el cuchillo no encuentra reposo, atraviesa el aire danzando frenéticamente y me pincha en el ojo derecho. La piel del globo ocular se desgarró como la de una ciruela y de su interior emana una asombrosa cantidad de algo rojo y blando.

10

Tan sólo las muchachas en la pubertad son incapaces de maquillarse cuando no tienen espejo. Las mujeres adultas no necesitan ninguno. Pueden palpar aquellas partes en las que hay la piel. Se extiende la mano y se siente dónde acaba este mundo; ahí está mi piel. La piel

es una membrana, que separa este mundo de aquel. Yo me aplico un maquillaje especial hasta que la piel queda transparente. Naturalmente no basta con extenderlo sobre la cara, porque cuando ya no se puede ver la cara el cuerpo parece descabezado. Por eso no dejo ni una zona sin cubrir.

Cuando finalmente la piel se ha vuelto transparente aparece detrás la figura de aquella mujer muerta.

Yo me maquillo siempre antes de ir a la cama.

Como yo no salgo de casa me preguntan asombrados:

“¿No tienes amante?”

Pero yo no tengo tiempo de salir de casa, porque duermo durante mucho tiempo. Cada noche esa mujer visita este mundo atravesando mi piel.

No puedo verla porque la lámpara está rota y la habitación oscura. Tampoco la puedo oír ya. Sólo siento cómo mis huesos propagan un temblor.

Entonces contengo la respiración y me concentro en el vibrato de los huesos. Un sonido que no se puede convertir en música, no, una vibración que no puede convertirse en sonido.

Por la mañana la mujer se ha ido y yo me quedo largo tiempo en la cama. Afuera ya ha oscurecido cuando el eco de las vibraciones se extingue completamente y yo me pregunto si he de levantarme. Me meto en la bañera, me desmaquillo meticulosamente y me voy otra vez a la cama.

“¿En qué trabaja?”

Lo primero que todos quisieran averiguar es lo

que hago cuando no estoy dormida; quisieran saber los títulos de los exámenes y de los trabajos que he hecho hasta ahora. Como si con su inclusión en mi Currículum Vitae pretendiesen ocupar el espacio para la fecha de mi muerte. Pero debería de haber un Currículum que comenzase con la fecha del fallecimiento.

Como no tengo lengua no puedo hacer de intérprete ni traducir lo que dice esa mujer para hacerlo más comprensible. Tampoco ejerzo de mecanógrafa, porque he olvidado las letras, que se parecen unas a otras como deformes uñas oxidadas. Por eso ya no puedo ni copiar los poemas de otros. Y con más motivo ni siquiera soy modelo de fotografía porque no salgo en las fotos. Soy un féretro transparente.

